



IMÁGENES DE SOBREDOSIS: COMPLEJIDAD SOCIAL E IDENTIDAD EN EL FIN DE MILENIO

Sara Makowski M.*
Mario Constantino T.**

En el presente trabajo se hace una exploración de las sociedades contemporáneas a partir de la complejidad como campo de visibilidad.

La primera sección del ensayo pretende conformar el campo cognitivo e interpretativo desde el cual podrán ser analizados los procesos que caracterizan a las sociedades complejas: la diferenciación sistémica y la creciente interdependencia entre las distintas esferas de la sociedad.

En la segunda parte, el análisis se centra en la indagación de las repercusiones de la complejidad sistémica en el plano de la subjetividad, específicamente en el entramado de relaciones nuevas que se tejen entre identidad, acción colectiva y sociedad en un contexto de complejidad.

This study explores contemporary societies from the viewpoint of complexity as a field of visibility. The first section of the essay sets out to outline the cognitive and interpretative field from which the processes that characterize complex societies can be analyzed: systematic differentiation and growing interdependence between the different spheres of society. In the second part, the analysis concentrates on the investigation of the repercussions of systemic complexity on the plane of subjectivity, and specifically on the web of new relations that is woven between identity, collective action, and society in a context of complexity.

I ntroducción

En el presente ensayo se plantean algunas reflexiones sobre los procesos sociales contemporáneos. La premisa de la cual se parte es

* Egresada de la IX promoción de la maestría en Ciencias Sociales de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO-México.

** Profesor investigador de la Sede Académica de México, de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO-México.

que las sociedades modernas, en virtud del desarrollo tecno-científico, han devenido sociedades complejas, con lo que queremos indicar que se verifica en este fin de milenio un proceso de diferenciaciones y desarticulaciones de los esquemas productivos, expansión de la lógica de administración, fragmentación y disgregación de los grupos sociales, y modificación de expectativas colectivas, entre otras. Este proceso se ha interpretado genéricamente como complicación de las estructuras y mecanismos de operación de la sociedad, dando lugar a la puesta en duda de los procesos tradicionales de comprensión de la vida social. Empero, una lectura más rigurosa de los procesos contemporáneos, de la complejización de la sociedad, nos indica que dadas las transformaciones operadas en distintos ámbitos de la sociedad asistimos a la redefinición de las fronteras internas y externas de los actores colectivos, de sus espacios de acción y de decisión que a su vez influyen en la operación global del sistema social.

Desde la complejidad como clave de lectura de los procesos sociales que tienen lugar en el marco de las sociedades contemporáneas, en la primera parte de este ensayo se examinará el campo de visibilidades cognitivas e interpretativas que abre la complejidad para el análisis de los movimientos de diferenciación funcional y creciente interdependencia sistémica.

En la segunda parte del trabajo, se hará un ejercicio de traducción reflexiva en el cual se destacarán los modos en que la complejidad sistémica se procesa en el campo de la subjetividad. La desagregación sistémica en esferas diferenciadas tiene también su correlato en el plano simbólico y, particularmente, en los vínculos que se tejen entre identidad, acción colectiva y sociedad compleja.

Complejidad y sociedades contemporáneas. Consideraciones generales

Los esfuerzos por definir el término *complejidad* y su aplicabilidad en el ámbito de las ciencias sociales no han estado exentos de controversias. Si bien se han alcanzado definiciones rigurosas para ámbitos de operación restringidos, como el caso de la computación o la teoría de la información, cuando se ingresa en el ámbito de las ciencias sociales el uso de la noción de complejidad suele trivializarse

al grado de asociarlo, en el mejor de los casos, con la idea de dificultad. Tal es, por ejemplo, el uso de sentido común que muchos analistas sociales o políticos hacen de él para señalar las limitaciones analíticas de sus trabajos; “el problema es más complejo”, nos dicen, y con esa fórmula mágica quedan curados en salud ante la inconmesurabilidad de los procesos sociales. En este sentido, el escaso rigor con que la noción es empleada hace que devenga una metáfora de lo inexplicable, un límite para la comprensión de la sociedad. Incluso, en los casos en que el término complejidad es empleado con relativo rigor encontramos cierto rastro de indeterminación, muchas veces más allá del alcance de la propia ambigüedad y laxitud de los conceptos en ciencias sociales.¹

Sin pretender saldar una discusión que rebasa el ámbito de este trabajo, expondremos la noción de complejidad que vamos a utilizar y argumentaremos en favor de la misma. Sin llegar a alcanzar una definición formalizada, que suponga cierto nivel de falsabilidad en el marco de una teoría rigurosamente axiomatizada, nos limitamos a sugerir una línea de interpretación que dé cuenta de una serie de problemas clave para entender la relación entre sociedades complejas e identidad.

¹ Véase, a manera de ejemplo, la laxitud de las definiciones realizadas por dos teóricos de la complejidad como Edgar Morin y Niklas Luhman. El primero, antes que indicar lo que expresa el término, señala lo que no es: “para comprender el problema de la complejidad, hay que saber, antes que nada, que hay un paradigma de simplicidad [...]” y a partir de la crítica de éste define los principios mínimos para una definición de complejidad “[...] El primero es el principio que llamo dialógico [...] El segundo principio es el de recursividad organizacional [...] el tercer principio es el principio hologramático.” En todo caso, Morin señala que definir y pensar la complejidad es una tarea que recién inicia y que, por ende, todo su andamiaje teórico se funda sobre lo provisorio de sus definiciones. Cf. Edgar Morin. *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona: Gedisa Editorial, 1994, pp. 85-110. En su obra mayor *La méthode*, de cuatro tomos, Morin ensaya la formulación de un paradigma de la complejidad en donde conjuga lo socio-bio-antropológico como eje de la comprensión de los procesos contemporáneos. Cf. Edgar Morin. *La méthode I. La nature de la nature*, París: Editions du Seuil, 1977; *La méthode II. La vie de la vie*, París: Editions du Seuil, 1980; *La méthode III. La connaissance de la connaissance*, París: Editions du Seuil, 1986; y *La méthode IV. Les idées*, París: Editions du Seuil, 1991. Respecto a Luhman, podemos señalar que al igual que Morin su definición de complejidad se ha reformulado en el tiempo; empero, encontramos una definición mínima en su *Sociología del riesgo*, México: Ed. U de G.-UIA, 1992. La complejidad, para Luhman, es el exceso de las posibilidades del mundo, esto es, la diferencia entre el número de las posibilidades potenciales y el número de las mismas actualizadas, de suerte tal que complejidad supone selección.

Función reflexiva de la idea de complejidad

El primer paso en la línea interpretativa que proponemos es la asunción de la noción de complejidad como un término complejo en sí mismo, con lo que indicamos que la complejidad es al mismo tiempo un lugar de observación y un lugar observado. *Lugar de observación* en la medida en que desde la complejidad es posible recrear a la sociedad como un espacio infinito y contingente de posibilidades cuyos límites están en permanente definición; desde el punto de vista del observador, la asunción de la complejidad como lugar de observación implica que el mundo se abre como un espacio que ofrece una cantidad ilimitada de experiencia y de acción y al cual corresponde una mirada fragmentaria, una capacidad muy reducida de percibir, elaborar informaciones y actuar para comprenderla. En este sentido, la complejidad como lugar de observación se presenta como una retícula pluridimensional—puede observar el mapa de interacciones sociales asumiendo su diversidad y conflictualidad— y pluridimensionada —se encuentra fijada a un *ambiente* que determina la selección de opciones posibles que el actor u observador haga para intentar captar o incidir en un momento y un espacio de la sociedad,² sin que ello implique que aquellas opciones desechadas desaparezcan, ya que más bien se incorporan al *ambiente* del curso de acción elegido.

Por otra parte la complejidad es también un *lugar observado* en la medida en que puede denominarse así a la realidad misma. En este contexto, la complejidad es el horizonte de eventos posibles con que el mundo social se presenta ante el actor —el mismo evento social— como conjunto de referencias dinámicas y relaciones posibles que un objeto, una acción o situación pueden tener. En este sentido, la complejidad como lugar observado nos habla de un universo esencialmente relacional. Cabe señalar que esta definición no implica que en el ámbito de la complejidad una relación concreta agote la

² En esta línea seguimos la argumentación ofrecida por Luhman en su *sociología del riesgo*, en la cual se define a la complejidad en terminos autorreferenciales; esto es, en tanto que cúmulo de opciones contingentes y como contingencia determinada por una opción previa. Una exposición sistemática del pensamiento luhmaniano puede encontrarse en Ignacio Izuzquiza. *La sociedad sin hombres. Niklas Luhman o la teoría como escándalo*, Barcelona: Antrhopos, 1990.

relación misma, sino que ella se convierte en el preámbulo de muchas otras relaciones pues cada selección realizada por los actores, si bien acota un conjunto definido de interacciones, abre un nuevo campo relacional que deviene en un nuevo marco de posibilidades de selección.³

Tal como se ha dicho aquí, podemos asumir que la complejidad se refiere a una situación cognitiva en la que los actores, individuos o grupos se encuentran inmersos. Al mismo tiempo supone el universo relacional en que los actores intentan predecir, planear y manipular las situaciones a las que se enfrentan. En este contexto, hay una serie de prerequisites para que la condición de complejidad se exprese:⁴

a) En la medida en que se amplían las posibles elecciones y aumenta el número de variables a considerar por un actor en su intento por resolver problemas de conocimiento, adaptación y organización —por reducir complejidad—, su situación en el medio se vuelve más compleja. Esto es, a mayor posibilidad de experiencias, de acción y de contingencias con las que se tenga que lidiar, mayor complejidad revestirá el ambiente.

b) El ambiente se torna más complejo en la medida en que sus variables sean más interdependientes, lo que quiere decir que al modificarse la relación de valor entre las variables, las condiciones de cognición y de acción quedan supeditadas a un cúmulo de información mayor que permita definir el escenario de las interacciones; conforme estos umbrales de variabilidad aumenten, los cálculos se hacen más difíciles y, por ende, la posibilidad de relación.

c) Otro elemento a considerar es la inestabilidad del ambiente, con lo que se indica que las variables se caracterizan por desarrollar trayectorias veloces o impredecibles, o ambas. Esta dimensión de la complejidad está relacionada con la producción de orden a partir del desorden. Por ejemplo, en un escenario social caótico la generación de un curso de acción —la reducción de complejidad— tenderá a asumir como contexto la incertidumbre que permea la decisión; una vez

³ Cf. Izuzquiza, *op. cit.*, p. 62

⁴ Las condiciones de complejidad aquí señaladas son las que Danilo Zolo ha establecido en su análisis de la democracia en sociedades complejas. Cf. Danilo Zolo. *Democracy and Complexity. A realist approach*, Cambridge: Polity Press, 1992. En el primer apartado del libro, el autor describe las condiciones de emergencia de la complejidad como parámetro cognitivo.

tomada ésta, las variables caóticas se ordenarán según el curso de acción elegido.⁵

d) La cuarta condición de complejidad se refiere a la circularidad cognitiva de los agentes, misma que se da cuando los actores se hacen conscientes de la alta complejidad de su medio ambiente; esto es, se asume la dificultad que enfrentan al intentar explicar y predecir los fenómenos ambientales según esquemas lineales, así como el hecho de que esta circunstancia condiciona su relación global con el medio ambiente. Es en función de esta circunstancia que se hace relevante la visión de la complejidad como una función reflexiva en la que se asume la interacción profunda que existe entre el actor y el medio ambiente en que decide, bajo condiciones de creciente complejidad.

En el sentido anotado arriba, podemos señalar que la función reflexiva de la complejidad destaca un elemento esencial: la pretensión de verdad de cualquier situación cognitiva queda eliminada al asumir que los actores forman parte del medio ambiente al que intentan hacer cognoscible; esto es, los actores pueden hacer visible la circularidad de su proceso reflexivo, pero no pueden desprenderse de la perspectiva histórico-social que les impone el medio en que se han desenvuelto. Un segundo elemento clave se deriva de que, al no poder conocerse objetivamente, sino a través de una mirada fragmentaria condicionada por su antecedente cultural e histórico, el actor se da cuenta de que tampoco puede conocer objetivamente su medio ambiente porque es alterado al proyectar sobre él las imágenes preconcebidas con que intenta hacerlo cognoscible. De este modo, la ansiada transparencia cognitiva se antoja imposible en el marco de la complejidad, lo mismo que la búsqueda de la explicación total. Según se desprende de lo que hemos dicho, la complejidad es un horizonte infinito de posibilidades contingentes de cuya selección depende el ámbito relacional susceptible de ser conocido y los campos de interacción que quedan como zona oscura, como pura condición de posibilidad, como contingencia.

⁵ Morin, citando a Heráclito en su frase lapidaria: "Vivir de muerte, morir de vida", señala precisamente la paradoja de producción de orden a partir del caos; nos dice: "vivir, de alguna manera, es morir y rejuvenecerse sin cesar. Dicho de otro modo, vivimos de la muerte de nuestras células, así como una sociedad vive de la muerte de sus individuos, lo que le permite rejuvenecer [...] Pero a fuerza de rejuvenecer, envejecemos, y el proceso de rejuvenecimiento se entorpece, se desorganiza y, efectivamente, si se vive de muerte, se muere de vida." Cf. Morin. *Introducción...*, op. cit., p. 94.

De la complejidad a las sociedades complejas. Premisas para su comprensión

Ronald Inglehart en su libro *Culture Shift in advanced industrial society* señala que en las sociedades llamadas posindustriales los valores y comportamientos de los actores se han visto modificados en virtud de cambios operados en los planos económico, tecnológico y político. Indica además que tales cambios en los sistemas de valores y de acción han modificado, a su vez, las operaciones tecnológicas, económicas y políticas de las sociedades.⁶ En síntesis, da cuenta de la emergencia de las sociedades complejas, en donde la acción de los actores —los productores y reproductores del imaginario colectivo— genera una configuración especial de interacciones sociales, acotadas por las coordenadas de transformación en otras esferas de la vida social. Para indicarlo en términos sistémicos, los cambios en las esferas política, económica y tecnológica constituyen el medio ambiente del subsistema cultural, en el cual los actores modifican su sistema de valores con el fin de reducir la complejidad del entorno. De ahí que Inglehart señale que el desarrollo económico y la relativa creación de un piso social de seguridad —en comparación con siglos anteriores— ha posibilitado la reorientación de las expectativas de los actores sociales hacia la autoexpresión y la calidad de vida.⁷ Este proceso supone, al mismo tiempo, que esta nueva orientación de las valoraciones y acciones sociales constituye el entorno de los cambios operados en el sistema de administración pública, de producción y de toma de decisiones,⁸ e incide en ellos, incrementando sus complejidades internas.

Lo que destaca de la noción de sociedad compleja es que remite a un proceso dinámico, conflictivo y contingente a través del cual la

⁶ Cf. Ronald Inglehart. *Culture Shift in advanced industrial society*, Princeton: Princeton University Press, 1990.

⁷ Cf. Inglehart, *op. cit.*, pp. 10-11.

⁸ Gian Enrico Rusconi indica que esta definición de la sociedad compleja supone reconocer un doble movimiento en las distintas esferas de la sociedad: por un lado, de autorreferencia —los subsistemas se modifican internamente para eficientar sus funciones—; por el otro, de heterorreferencia —la diferenciación interna supone la existencia de un entorno complejo con el que hay que interactuar y, eventualmente coadyuvar a la reducción de su complejidad. Este proceso dual, complementario, se denomina expansión de fronteras internas y externas. Cf. Gian Enrico Rusconi, "El concepto de sociedad compleja. Un ejercicio", en *Problemas de teoría política*, México: ISS-UNAM, 1985, pp. 7-15.

sociedad se presenta como una obra en permanente creación sin límites internos y externos, lo que no implica que complejidad sea sinónimo de globalización, tal como ha sido comprendido por las corrientes interpretativas que dan cuenta de la formación del sistema-mundo, la regionalización de las economías, la mundialización de las comunicaciones, entre otras.⁹ La noción de sociedad compleja es más inclusiva, pues si bien a partir de ella se pueden reconocer tales procesos, no deja de señalarse que la globalización es una de las posibilidades de desarrollo contingente, que supone la existencia previa de otras vías y abre posibilidades insospechadas para otros desarrollos, incluso aquellos que nieguen la globalización.

Quisieramos señalar, entonces, algunas premisas para la comprensión del uso que hacemos de la noción de sociedad compleja para avanzar en la línea de reflexión que proponemos:

a) Las sociedades complejas se caracterizan por un alto nivel de división del trabajo y diferenciación funcional; en ellas la complejidad se manifiesta como la variedad y discontinuidad de los códigos comunicacionales en cada ámbito de actividad de la sociedad, lo que trae aparejada la polisemia de lenguajes, valores, técnicas y símbolos que se utilizan en las diversas esferas de la vida social, así como las potenciales diferenciaciones a que den lugar posteriormente. Así, la complejidad social supone la creciente especialización y diferenciación internas de las esferas de actividad, con códigos de comunicación cada vez más autónomos,¹⁰ lo que además, implica que las variables del comportamiento social se tornan susceptibles de nuevas correlaciones —muchas de ellas no visibles— con lo que se incrementa la dificultad de su comprensión y predicción.

b) Aunado al punto anterior existe una creciente interdependencia entre las distintas esferas de la sociedad, la cual es una condición de

⁹ Cf. Martin Albrow. "Globalization", en William Outhwaite y Tom Bottomore (eds.). *The Blackwell Dictionary of twentieth-century social thought*, Oxford-Cambridge: Blackwell Publishers, 1993, pp. 248-249.

¹⁰ Un ejemplo de lo anterior es la diferenciación interna que ha sufrido la sociología como mecanismo de reducción de complejidad del sistema social. De haber sido pensada como ciencia unitaria en sus orígenes (Comte y la religión universal), encontramos que la sociología ha derivado en una multiplicidad de sociologías —de la cultura, del trabajo, rural, política, entre otras— que no hacen sino dar cuenta de la creciente especialización y diferenciación funcional de la sociedad, donde cada subsector o ámbito genera una serie de códigos comunicacionales diferenciados.

la potencial coordinación en el nivel de la sociedad como un todo. El aumento de la interdependencia revela el descentramiento de las actividades —desaparece la primacía de un factor— en favor de la *difusividad*, con lo que se tiende a la quiebra de las jerarquías organizacionales. Al no privilegiarse un factor para la cognición de los fenómenos, al asumirse la multirreferencialidad de una acción o una relación, se incrementa el ámbito de *los efectos perversos* de los cursos de acción que los actores o instituciones asumen.¹¹

c) La sociedad compleja supone la existencia de varios niveles en la formación de la experiencia e igualmente supone su diferenciación.¹² En lugar de una sociedad sustentada en principios universales e inmutables, asistimos a la multiplicidad de espacios sociales donde la contingencia y la laxitud son la divisa. Así, al suprimirse las coacciones de la tradición, la estratificación y la localización, se da una aceleración del cambio social. La laxitud moral, la existencia de muchas morales, y el descreimiento en la teleología sustituyen paulatinamente el sistema de creencias institucionalizadas, nacidas de un orden jerárquico.¹³

d) Un efecto final de las sociedades complejas es que la diferenciación funcional trae aparejadas la despersonalización y la abstracción creciente de las relaciones sociales. Sin duda, ello posibilita la variedad y el incremento de las experiencias, pero éstas son a término; esto es, están ancladas en necesidades y expectativas funcionales. De este modo, la despersonalización y abstracción de las relaciones sociales comporta la constitución de interacciones efímeras y solidaridades funcionales, en las cuales los actores descubren la fragilidad de las identidades.¹⁴ Todo lo anterior supone que conforme

¹¹ Boudon señala que un aumento en la interdependencia entre fenómenos económicos, políticos, tecnológicos y sociales supone un aumento correlativo en las dificultades para la predicción e intervención social. Cf. Raymonds Boudon. *Effets perverses et ordre social*, París: Presses Universitaires de France, 1977.

¹² Cf. D. Zolo, *op. cit.*, pp. 6-7.

¹³ Gilles Lipovetsky apunta la existencia de un crepúsculo del deber como imperativo moral de las sociedades contemporáneas. No es que la ética desaparezca, sino que se ha transmutado. Se ha diluido la retórica del deber austero e integral en favor de la primacía de los derechos individuales a la autonomía, al deseo, a la felicidad. Así emergen múltiples sentidos de lo ético y lo moral, conformando un espíritu epocal donde el poseer es la divisa. Cf. Gilles Lipovetsky. *Le crépuscule du devoir. L'éthique indolore des nouveaux temps démocratiques*, París: Éditions Gallimard, 1992.

¹⁴ Estos planteamientos coinciden con los análisis que sobre las acciones colectivas ha realizado Alberto Melucci; de igual modo se aproximan a la argumentación que sobre

se amplía el horizonte de selecciones posibles más contingente y cargada de incertidumbre se vuelve, para cada actor, la necesidad de elegir y reducir la complejidad,¹⁵ puesto que en cada interacción también se juega la identidad. A ese tema dedicamos el siguiente apartado.

Complejidad social e identidad. Algunas retraducciones

Al iniciar un recorrido por los terrenos de la subjetividad social no es difícil toparse con la complejidad que nos acompañó en los apartados anteriores, y advertir que los vínculos estrechos que ésta mantenía con las estructuras sociales se transfieren también a las dimensiones simbólicas y subjetivas. Como si se tratara de un permanente juego de espejos, la complejidad se encuentra reflejada tanto en la superficie de las estructuras como en la profundidad de las formas de conciencia contemporánea. En efecto, el largo proceso de complejización y diferenciación sistémica de las sociedades se corresponde con un movimiento análogo de fragmentación de la conciencia y de transformación de la identidad. La diferenciación social, entonces, no sólo se expresa como disociación y fractura de los diversos subsistemas que componen el orden social sino que también se manifiesta como diferenciación simbólica en el sentido de una ampliación

el tribalismo realiza Michel Maffesoli. Cf. Alberto Melucci. *L'invenzione del presente. Movimenti, identità, bisogni collettivi*, Bologna, Società Editrice il Mulino, 1982; Michel Maffesoli. *Le temps des tribus. Le déclin de l'individualisme dans les sociétés de masse*, París: Méridiens-Klincksieck, 1988. Sobre la proliferación de las solidaridades, cf. Paolo Natale. "Formas y finalidades de la acción solidaria", en René Millán (comp.). *Solidaridad y producción informal de recursos*, México: IIS-UNAM, 1994, pp. 19-45.

¹⁵ A partir de este planteamiento es posible comprender el postulado según el cual las actuales sociedades pueden calificarse como sociedades de riesgo, pues los desarrollos comunicacionales, la especialización de funciones y la liberación del tiempo, colocan a los individuos en condiciones de incertidumbre creciente al momento de elegir cursos de acción posibles. Se exige una alerta permanente para poder evaluar, comprender y actuar. Para ahondar en esta postura, cf. Niklas Luhman. *Sociología del riesgo*, México: coed. UIA-U de G., 1992; en Giddens encontramos una postura semejante, aunque el énfasis se coloca en las reacciones adaptativas en situaciones de riesgo. Cf. Anthony Giddens. *The consequences of Modernity*, Stanford: Stanford University Press, 1990. Evidentemente, el tema del riesgo y de las reacciones adaptativas conlleva al problema de la supervivencia individual; para un desarrollo del tema, cf. Christopher Lasch. *The minimal self. Psychic Survival in troubled times*, Londres: W.W. Norton & Company, 1984.

de las posibilidades culturales y una multiplicación de los puntos de referencia para la construcción de la experiencia y la subjetividad.

En líneas generales, la complejidad social tiene tres modalidades esenciales de retraducción en el plano simbólico.

En primer lugar, la complejidad social se expresa como una pluralización del mundo de la vida.¹⁶ La desagregación del *mundo continuo* que constituía la sociedad tradicional dio paso a la conformación de esferas sociales diferenciadas que dejaban atrás el gran velo protector de la definición religiosa de la realidad.¹⁷ Esta segmentación de la vida moderna tuvo profundas implicaciones en el nivel de la conciencia. De ahí que la consolidación creciente de una realidad social fragmentada y multifacética tuvo como expresión concomitante una progresiva pérdida de integración de los ámbitos de la existencia. Así, la complejidad social esboza un entramado conflictivo de relaciones y sentidos que se han desencajado de un sistema único de referencias. Las fuentes que tradicionalmente proveían horizontes simbólicos se han desagregado en una diversidad de espacios regidos por tiempos y lógicas distintas.

Cabe señalar que a la par de este proceso moderno de pluralización subyace otro de no menor relevancia: la disociación de las esferas públicas y privadas. En algún sentido, la esfera privada ha funcionado como un mecanismo de contrapeso a los excesos de sentido —a la sobredosis de complejidad— que proliferan en las estructuras sociales. La esfera privada ha servido, pues, como un refugio para el individuo en su búsqueda de un orden integrativo y de sentidos coherentes para la vida en sociedad.¹⁸

La segunda retraducción de la complejidad sistémica en el plano de la subjetividad se vincula con un aumento en los grados de libertad y reflexividad de la experiencia. La propia complejidad del ambiente sociocultural abre al individuo moderno una gran diversidad de posibilidades —de sentidos y de cursos de acción— que am-

¹⁶ En este trabajo recogemos la idea de *mundo de vida* que ha sido elaborada por Alfred Schutz.

¹⁷ Es amplia la literatura sociológica que trata el proceso de racionalización de la sociedad moderna como un movimiento de secularización social. Baste mencionar las memorables tesis weberianas acerca del inexorable paso hacia una sociedad cada vez más racionalizada y secularizada.

¹⁸ Cf. P. Berger, B. Berger y H. Kellner. *The Homeless Mind. Modernization and Consciousness*, Estados Unidos: Vintage Books Edition, 1974, pp. 65-67.

plían considerablemente los horizontes de la subjetividad. A diferencia de las sociedades tradicionales en las que el núcleo articulador de la experiencia lo constituían las *asociaciones reguladas normativamente* —Iglesia, Estado, partidos, grupos—, en las sociedades complejas el individuo se confronta con un caleidoscopio de experiencias y sentidos que lejos de anclarlo en un determinado dominio social dilatan las posibilidades de elección y, con ello, sus grados de libertad.¹⁹ Esta ampliación de las alternativas exige del individuo capacidades crecientes de decisión y de elaboración de planes según los diferentes flujos de acción; en otras palabras, los mayores grados de libertad conducen al individuo hacia una mayor reflexividad en términos de lograr un piso de referencia desde el cual poder ubicarse frente a la complejidad del medio social. Como acertadamente ha señalado Alberto Melucci, la unidad y la continuidad de la experiencia ya no puede ser encontrada en un grupo o modelo definido sino que ésta más bien debe estar basada en la capacidad del individuo de autodefinirse reflexivamente en el presente.²⁰

La tercera modalidad de traducción de la complejidad social en el plano de la subjetividad se relaciona con una potenciación de la complejidad de la realidad subjetiva del individuo. El proceso de diferenciación sistémica generó las condiciones para una socialización altamente individualizada, en la que la producción de sentidos se desplaza del grupo hacia el actor social *tout court*.²¹ Es decir, a medida que la identidad y la experiencia social se exilian de la esfera sacralizada se van conformando las condiciones y los mecanismos de una creciente individuación en la atribución y generación de la identidad. A este movimiento en el nivel de la conciencia, las estructuras de la sociedad acompañan con un inusitado desarrollo de ideologías

¹⁹ Cabe mencionar, sin embargo, que la dilatación de los grados de libertad no se explican exclusivamente desde las mayores alternativas de elección. Libertad y elección son dos aspectos diferenciados y su correlación no siempre es de carácter positivo. Como se verá más adelante, la ampliación del campo de elecciones posibles puede producir en el individuo contemporáneo frustración y ansiedad, aspectos que pueden disolver los horizontes de libertad.

²⁰ Alberto Melucci. *Nomads of the Present. Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society*, Londres: Hutchinson Radius, 1989, pp. 110.

²¹ Sobre este proceso Melucci apunta que las sociedades contemporáneas han generado formas crecientes de individuación de los conflictos colectivos. Cf. A. Melucci. "Identidad y acción colectiva" (Mimeo), s/f. s/e.

y éticas individualistas que ponen en el centro de la reflexión la cuestión de la autonomía individual.²²

Esta rápida exploración de las retraduccionés subjetivas de la complejidad social vuelve visible una sospecha que ya se dibujaba desde los primeros párrafos: las implicaciones profundas que este proceso tiene para la identidad. En efecto, el creciente avance de las sociedades complejas ha desarticulado el principio meta-social de las identidades tradicionales, trasladando los mecanismos de generación de las identidades al interior de la misma sociedad. Así, la identidad deja de ser una *doxa* y se convierte en un atributo dinámico, reflexivo e incompleto de los grupos y de los individuos. Se trata, pues, de un pasaje de la identidad como dato de la naturaleza a la identidad como problema.

La identidad como problema

Mientras que la identificación —como resultado de la disposición a co-fundirse, del sentido de una afinidad o de un parentesco con los otros, con la comunidad—²³ es un componente constitutivo de toda forma de socialidad, la identidad y su carácter reflexivo aparecen exclusivamente en las sociedades modernas. Tal como ha afirmado Loredana Sciolla,²⁴ la identidad como problema surge cuando el sistema social alcanza un grado relativamente alto de diferenciación.

Así, en el plano de la sociedad, la identidad como problema comienza a delinearse cuando el campo de elecciones posibles se amplía y el ambiente social se vuelve, por ello, más incierto y diferenciado. En este entorno cada vez más complejo, el actor social encuentra difícil orientar la acción según un principio estricto de racionalidad medio/fines, y es aquí donde la identidad comienza a funcionar como un esquema seleccionador de preferencias y necesidades.²⁵

²² Autores como Alberto Melucci, Anthony Giddens y Christopher Lasch han abordado, precisamente, la problemática de la autonomía individual en la producción de nuevas formas de subjetividad y en la emergencia de movimientos colectivos que fungen como pivote alrededor de demandas y necesidades individuales.

²³ Cf. Luciano Gallino. "Identità, identificazione, relazioni seriali e alternanza", en Varios Autores, *Complessità sociale e identità*, Angeli, Milán. Citado por P. Natale, *op. cit.*, pp. 32.

²⁴ Loredana Sciolla. "El concepto de identidad en Sociología", en Varios Autores, *ibid.*

²⁵ El prerrequisito de información perfecta y de racionalidad instrumental estricta —con base en un cálculo exacto de medios/fines, costos/beneficios— que postula la co-

En el campo de la sociología, la creciente dificultad de los paradigmas tradicionales para dar cuenta de las nuevas modalidades emergentes de conflictualidad social y de formas distintas de acción colectiva constituyen el marco de referencia de la identidad como problema. Los movimientos feministas, ecologistas y las radicales manifestaciones de reafirmación de identidades étnicas, raciales y religiosas,²⁶ entre otros, han puesto en jaque las explicaciones tradicionales al demostrar que las nuevas lógicas de acción social desbordan los cauces del pasado.

Es a partir de la segunda mitad de la década de los sesenta, con excepción de los trabajos realizados por la corriente del interaccionismo simbólico, que el problema de las transformaciones de la identidad individual y colectiva se conforma como un asunto relevante en la agenda sociológica.

La división entre identidad individual e identidad colectiva es una tarea arduamente difícil porque la construcción de la identidad no puede eludir las identificaciones de los otros. Sin embargo, es posible diferenciar dos planos: la identidad individual y la identidad colectiva. Lo que nos interesa particularmente a partir de esta distinción es rastrear los correlatos de la complejidad social en cada una de las dimensiones analíticas de la identidad. A este tema dedicaremos los siguientes apartados.

Sobredosis de identidad

Como brevemente anotamos más arriba, una de las retraducciones de la complejidad social en el plano de la identidad individual se vincula con el proceso cada vez más acentuado de pluralización de los

rriente del Rational Choice no puede ser sostenido a la luz de las complejidades que ha puesto en evidencia el paradigma de la identidad. En este sentido, la argumentación de Pizzorno ha sido uno de los intentos más sólidos por demostrar la debilidad del modelo racional a la hora de dar cuenta de las acciones colectivas.

²⁶ La emergencia de estos movimientos de reafirmación de la autonomía de las identidades y del derecho a la diferencia puede ser leído como un efecto no deseado de la globalización. Frente a la supuesta homogeneización del proceso globalizador, diferentes autores han dejado oír voces disonantes. Bonfil Batalla ha llamado la atención sobre la emergencia de las "identidades negadas", Stuart Hall y García Canclini, por otra parte, han señalado que el debilitamiento de los estados nacionales puede derivar en riesgosas posiciones fundamentalistas.

mundos vitales. Los individuos ya no viven en una cotidianidad homogénea sino que alternan y transitan por contextos sociales distintos y, muchas de las veces, altamente discrepantes. Esta progresiva pérdida de integración de los niveles del mundo de la vida ha llevado al individuo contemporáneo a experimentar sucesivas migraciones de un mundo vital a otro. La experiencia y la conciencia ya no se arraigan en terrenos firmes sino que deambulan por mundos vitales distintos y complejos. Se trata, pues, de una mente desarraigada (*homeless mind*).²⁷ En ese sentido, la identidad individual deviene también un atributo dinámico, obligada continuamente a construir y reconstruir su *morada* frente a entornos situacionales altamente cambiantes.

Estas migraciones de mundos vitales amplían los horizontes de la experiencia y de la identidad. Por una parte, el paso de un mundo vital a otro supone la superposición de tiempos discontinuos y lógicas distintas que requieren de un actor con capacidades para efectuar las retraducciones pertinentes con vistas a mantener la unidad de la experiencia desde la fragmentación. De allí que las experiencias contemporáneas requieran de una sincronización multirrelacional²⁸ por parte de los individuos. De otro lado, y en lo que se refiere específicamente a la identidad individual, esta pluralización de mundos vitales vuelve difusos los contornos de la propia identidad. La identidad personal se presenta como un plan de vida abierto —como un guión— y sujeto a revisión permanente antes que como un límite definido; la identidad tiene un final abierto —*open-ended*— que puede ser manejado a lo largo de toda la carrera vital. Esto permite que un mismo individuo tenga la posibilidad de imaginar diferentes biografías, experimentando así crecientes grados de libertad. Sin embargo, la pluralización de los mundos de la vida no trae aparejada solamente el aumento de grados de libertad para el sujeto; se acompaña de altas cuotas de ansiedad. La ampliación del campo de elecciones posibles genera frustración por tener que delimitar la decisión y dejar con ello fuera otras alternativas igualmente viables.

²⁷ P. Berger, B. Berger y H. Kellner. *The Homeless Mind*, *op. cit.*

²⁸ Los autores de *The Homeless Mind* refieren con este concepto la necesidad que cada individuo tiene de manejar no sólo una multiplicidad de relaciones sociales sino también una pluralidad de cursos de acción relacionados con esferas institucionales diferentes, *op. cit.*, p. 71.

De ahí que esta fragmentación del mundo vital tenga consecuencias ambivalentes para la economía emocional del sujeto. Por un lado, se señala que el componente reflexivo de la identidad permite una permanente convertibilidad de la propia biografía pero, por otro, este mismo modelo de identidad se caracteriza por su mayor incerteza e inestabilidad. Esto es lo que provoca que en tiempos de sobredosis de identidad —socialización marcadamente individualizada— las crisis de identidad sean constitutivas del sujeto contemporáneo.

Déficit de identificación y nuevas formas de acción social

A la par de este proceso de crecimiento de la identidad individual, la complejidad social produce —en el plano de la grupalidad— una devaluación de los marcos tradicionales de pertenencia. La diferenciación social ha ido minando poco a poco los espacios adscriptivos en donde se cuajaban las identidades colectivas sin generar en forma simétrica nuevas identificaciones.²⁹

Asimismo, la fragmentación de los grupos primarios de referencia ha puesto en evidencia que las solidaridades grupales, que constituían el marco contenedor de la necesidad de pertenencia y de identificación de los individuos, se han despojado igualmente de sus componentes adscriptivos y comienzan a adquirir la forma de solidaridades de tipo adquisitivo y electivo.³⁰ Estas nuevas solidaridades permiten rearticular las necesidades de pertenencia e identificación y aparecen, entonces, como piezas clave para mantener la unidad social en un escenario de desintegración. En pocas palabras, los nuevos tipos de solidaridad que comienzan a dibujarse desde la complejidad social se presentan como un tejido reparador de aquellas fracturas socioculturales, fruto de la misma diferenciación sistémica.

Cabe esperar que frente al creciente déficit de identificaciones y a la emergencia de nuevas solidaridades, los horizontes de la acción colectiva se vean profundamente transformados. En *Nomads of the Present*, Alberto Melucci traza algunas de las nuevas rutas que co-

²⁹ Desde la perspectiva habermasiana, la identidad se construye en el marco de acciones comunicativas. Ante la creciente diferenciación y complejidad sistémica, la única alternativa para la constitución de identidades racionales en la sociedad moderna es a partir de su refundación sobre la base de una *ética comunicativa*.

³⁰ Cf. P. Natale, *op. cit.*, pp. 34-37.

mienzan a transitar los movimientos sociales. Los nuevos mapas de la acción colectiva, señala este autor, se dibujan desde la complejidad social y la emergencia de nuevas necesidades. En efecto, la complejidad social ha llevado los límites de la acción colectiva más allá de las tradicionales fronteras de la clase o la región y, al mismo tiempo, ha desencajado los conflictos, los fines y las lógicas de acción de la esfera de la producción y distribución de bienes materiales. Los movimientos sociales contemporáneos instalan su problemática en el sustrato simbólico de las sociedades complejas: son luchas y demandas por códigos culturales, por la reapropiación diferencial de sentidos y por las modalidades de comunicación de esos sentidos compartidos.

Otra de las rutas innovadoras que siguen los movimientos sociales contemporáneos se relaciona con un desplazamiento en el orden temporal. En las sociedades complejas, las acciones colectivas ya no están regidas por una visión totalizante de la historia que inexorablemente conduce hacia un orden futuro; contrariamente, las acciones colectivas se anclan en el presente. De allí que sus metas sean reemplazables y temporales.³¹ Que el *locus* de acción colectiva sea el presente, transforma a los actores en nómadas del presente, en buscadores permanentes de una morada para la acción y la conciencia.

Finalmente, la cuestión de la identidad se ha vuelto el referente medular de las formas contemporáneas de la acción colectiva. Tal como afirma Alberto Melucci, los conflictos en las sociedades complejas son siempre conflictos de identidad: de afirmación del derecho de la diferencia. En las nuevas rutas de los movimientos sociales, la identidad funciona como una brújula que va marcando el norte porque ella refleja la capacidad de la acción contemporánea para ir modificando, transformando y reduciendo la complejidad del entorno social.

Sobredosis final. A manera de conclusión

A lo largo de este trabajo hemos seguido atentamente los dos movimientos paralelos de la complejidad social.

³¹ Cf. Alberto Melucci, *op. cit.*, p. 55.

Por un lado, se trata de un movimiento en el plano sistémico y societal. Se ha destacado que la creciente diferenciación del sistema social ha puesto el acento en la constitución de un universo esencialmente relacional y contingente, en el cual proliferan —vía especialización— códigos comunicacionales que obligan a los actores a una mayor competencia sociocultural. Al mismo tiempo, dado el carácter interdependiente que porta la complejidad, es importante subrayar que cada subsistema del sistema social opera con un carácter dual: como medio ambiente de otros subsistemas y como espacio autorregulado que se diferencia internamente para reducir la complejidad de otros ambientes. En síntesis, como retícula pluridimensional y pluridimensionada. La importancia que estos elementos tienen para la comprensión de las configuraciones sociales contemporáneas se releva en el hecho de que la complejidad remite al dinamismo, a las tensiones y asimetrías, y a la contingencia con que los hechos sociales se presentan; como una obra en permanente creación sin límites externos e internos.

Por otro lado, hemos explorado los correlatos de la complejidad social en el plano de la subjetividad. Esencialmente, se ha remarcado que el proceso de diferenciación sistémica produce una desagregación del otrora mundo homogéneo de la cotidianidad. Desde aquí, la complejidad social comienza a dibujar paisajes de fragmentación y discontinuidad en las formas de conciencia contemporánea, así como en los patrones de experiencia. En este marco, el concepto de identidad deviene en una pieza clave para comprender los cambios operados en la subjetividad y en las formas de acción en las sociedades complejas.

La complejidad despliega un abanico cada vez mayor de posibilidades de elección —y decisión— y de puntos de referencia culturales. En ese entorno de sobredosis de complejidad, la identidad es *abierta*, en el sentido de que sus límites se tornan horizontes móviles que se escinden de los dominios tradicionales; la identidad es también altamente *diferenciada* debido a la pluralidad de mundos vitales y a las sucesivas migraciones que experimenta el individuo contemporáneo; asimismo la identidad es crecientemente *reflexiva* porque la sociedad contemporánea vuelve inexorable una redefinición permanente del *ser* y de los esquemas referenciales de los grupos y las colectividades; y, finalmente, la identidad sufre una mutación

hacia *caracteres marcadamente individualizados* que revelan, simultáneamente, significativos déficit de identificaciones.

La acción colectiva en las sociedades complejas no sólo transita por rutas novedosas, como ya lo habíamos apuntado, sino que se constituye también como un espacio de innovación cultural tanto para los individuos como para los grupos. Cabe remarcar, sin embargo, que a la luz de esos procesos de innovación cultural se dan también movimientos de distinción, fragmentación y diferenciación social.

En el caso de los sujetos, la acción colectiva potencia la capacidad de *agency* y de manejo de situaciones de riesgo —de fluctuaciones— frente a entornos situacionales cambiantes y a biografías trashumantes. En el caso de los grupos, la acción colectiva produce innovaciones en el campo de los códigos comunicacionales y de los canales de transmisión de las nuevas demandas y necesidades; se alteran asimismo los estilos de vida y la sustancia de las relaciones sociales. En síntesis, transformaciones moleculares en los confines de la vida cotidiana que silenciosamente producen efectos sobre las instituciones y el sistema político.

Ciudad de México, julio de 1995.

